

Año 2017. urtea

N.º 29. zk.



TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA NAVARRA

SEPARATA

Aragón en guerra. Construyendo memoria desde la arqueología del conflicto

Hugo CHAUTÓN PÉREZ

Aragón en guerra. Construyendo memoria desde la arqueología del conflicto

Aragoi gudan. Memoria eraikitzen, gatazkaren arkeologiatik abiatuta

Aragon at war. Building memory from the conflict archaeology

Hugo CHAUTÓN PÉREZ
Arqueólogo
hchauton@gmail.com

Recepción del original: 02/10/2017. Aceptación provisional: 02/02/2018. Aceptación definitiva: 26/02/2018.

RESUMEN

A pesar de contar con cuarenta años de democracia, reminiscencias de la dictadura franquista permanecen latentes en muchos aspectos de la cotidianidad española. Las fosas comunes de asesinados que por centenares pueblan aún las cunetas y campos de España son un reflejo material de este anacronismo social, político y humanitario que se conserva como testigo de la violencia y crudeza de la guerra y de los cuarenta años de represión que la sucedieron. La arqueología del conflicto es la herramienta más precisa para sacar a la luz y rescatar la versión real de los hechos, para recuperar las páginas arrancadas de una historia que aún no se enseña en los colegios españoles.

Palabras clave: arqueología del conflicto; memoria; guerra civil española; franquismo.

LABURPENA

40 urteko demokrazia aldia bizi badugu ere, diktadura frankistaren eraginak bizirik diraute Espainiako egunerokotasunaren hainbat alderditan. Ehunka dira oraindik eraildakoak, Espainiako areka eta alorretako hobi komunetan daudenak. Gerrako indarkeriaren eta gordintasunaren lekuko gisa dirauen anakronismo sozial, politiko eta humanitario honen isla materiala dira. Baita ondoren etorri zen 40 urteko errepresio aldiarena ere. Gatazkaren arkeologia gertakarien bertsio erreala berreskuratzeko eta argitara ateratzeko tresnarik zehatzena da, berreskuratzeko historiari erazutako orri horiek, oraindik ere Espainiako ikastetxeetan irakasten ez direnak.

Gako hitzak: Gatazkaren arkeologia; memoria; Espainiako Guda Zibila; frankismoa.

ABSTRACT

Despite forty years of democracy, reminiscences of Franco's dictatorship remain latent in many aspects of everyday Spanish life. The mass graves of murdered inhabiting hundreds of ditches and fields of Spain, are a material reflection of this social, political and humanitarian anachronism that is preserved as a witness of violence and harshness of war and forty years of repression that followed it. The archaeology of conflict is the most precise tool to bring to light and rescue the real version of events, to retrieve the ripped out pages of a story that is not yet taught in Spanish schools.

Keywords: Conflict Archaeology; Memory; Spanish Civil War; Francoism.

1. INTRODUCCIÓN. 2. *SI NO LE GUSTA ESTO, ¿ENTONCES PARA QUÉ VIENE?* RECONSTRUYENDO LA MEMORIA A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO. 3. EL DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN ARAGÓN. 4. EL LEGADO DE LA GUERRA CIVIL. LUGARES DE LA MEMORIA, PAISAJES DE CULTURA. 5. EN EL PAÍS DE LOS MUERTOS SIN NOMBRE. LAS FOSAS DE REPRESALIADOS. 6. DE LA CHATARRERÍA AL MUSEO. ARQUITECTURA MILITAR Y RESTOS MATERIALES DE LA GUERRA. 7. EXHUMACIÓN Y RECUPERACIÓN DE SOLDADOS. 8. CONCLUSIONES. 9. LISTA DE REFERENCIAS.

1. INTRODUCCIÓN

La guerra civil española y la dictadura que la sucede suponen el acontecimiento más determinante en la historia contemporánea de España. Su trascendencia ha llegado hasta nuestros días y buena parte de las heridas abiertas durante los cuarenta años de miedo y represión sufridos bajo el franquismo se mantienen perennes en pleno siglo XXI, en gran medida gracias al empeño de los sectores más conservadores de la política y la sociedad española. La obcecación en mantener la distorsión y manipulación sobre los episodios de represión y asesinatos sucedidos durante la guerra y en los años posteriores se enfrentan al derecho legítimo de los descendientes y familiares a reclamar el justo reconocimiento y la recuperación de la dignidad perdida. Una reivindicación a la que se une una buena parte de la sociedad española junto a instituciones de reconocido prestigio, nacionales e internacionales.

En pleno siglo XXI, la necesidad de recuperar la normalidad democrática en relación con la Memoria Histórica es un asunto acuciante, una cuestión principal que está dejando en evidencia todo el proceso democrático transcurrido desde el inicio del actual sistema constitucional español. Historiadores y arqueólogos son los principales agentes encargados de poner en evidencia las manipulaciones derivadas de época franquista. Cada intervención arqueológica tiene carácter notarial, con capacidad para, desde la objetividad que otorga la materialidad, sacar a la luz la veracidad de hechos sepultados durante décadas por medio de la violencia, las amenazas, el miedo y la represión.

La trascendencia de la guerra en Aragón implica unas consecuencias de proporciones desmesuradas, posiblemente aún desconocidas en su totalidad hoy en día. Desde el

inicio del conflicto se establece un frente estable que secciona la región en dos mitades, pero que en ningún caso se traduce en inacción o pasividad, ya que se cuentan por decenas las bajas que a diario se van produciendo hasta que el ejército franquista desequilibra el plano de la guerra en marzo de 1938. Son numerosos y recordados por su trascendencia y crudeza los episodios bélicos que tienen lugar en suelo aragonés: Belchite, Teruel o la batalla del Ebro son algunos de los archiconocidos escenarios donde las víctimas se cuentan por miles. Soldados cuyos restos han quedado dispersos por trincheras, campos y colinas a lo largo de toda la geografía aragonesa, en los entornos citados o en otros mucho menos conocidos pero igualmente trágicos, como Alcañiz, bombardeado por quince aviones italianos el 3 de marzo de 1938 causando cerca de quinientas víctimas civiles. Fortines, campamentos militares y toneladas de munición diseminadas por esos mismos campos, cuando no eran objeto de recolección por parte de coleccionistas, forman parte del paisaje habitual del Aragón rural contemporáneo. Pero también encontramos un amplio espacio de retaguardia activo durante buena parte de la guerra; cientos de pueblos cuya población civil se ve sometida a la represión más brutal, difícilmente asimilable incluso pasadas ocho décadas de los sucesos. Ciudadanos que conocen una violencia inédita, resultado de un proceso sistemático y organizado desde los mandos golpistas, tal y como reflejan las conocidas palabras de uno de los ideólogos de la sublevación, el general Emilio Mola (Silva, Macías, 2003):

Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.

Fruto de este esfuerzo exterminador, especialmente cruento en aquellos territorios que en los años anteriores a la revuelta habían sido escenarios de reivindicaciones sociales (Casanova, 2001), las cunetas y tapias de muchos municipios aragoneses esconden en su subsuelo los restos de cientos de personas indignamente asesinadas, víctimas de la represión sistemática de los militares y falangistas del bando sublevado, y también de las milicias anarquistas en los primeros meses de la contienda. Ardua tarea supone llegar a conocer el número exacto, o siquiera aproximado, de víctimas asesinadas, una cifra que se escapa y supera a la reflejada en los registros civiles y documentos oficiales de los años de posguerra. Según la estimación del grupo de expertos que participan en el auto redactado por Baltasar Garzón (2008), se calcula un total de al menos 114.266 personas represaliadas entre el periodo comprendido entre el 17 de julio de 1936 y diciembre de 1951. De ellas, 10.178 fueron asesinadas en Aragón.

2. SI NO LE GUSTA ESTO, ¿ENTONCES PARA QUÉ VIENE? RECONSTRUYENDO LA MEMORIA A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO

Uno de los vestigios arquitectónicos más significativos y controvertidos tanto por su simbolismo como por su significado, que resiste hasta nuestros días procedente del régimen franquista manteniendo intacta su esencia, es el conocido conjunto del Valle

de los Caídos. Ubicado en la sierra de Guadarrama a las afueras de Madrid, acoge los restos del dictador Francisco Franco, quien precisamente ordenó su construcción, junto a los del carismático líder falangista José Antonio Primo de Rivera. También residen en las entrañas del edificio los huesos de casi cuarenta mil fallecidos durante la guerra y posguerra que allí fueron trasladados, en muchos casos sin consentimiento ni conocimiento de sus propias familias. La existencia y perduración de su funcionalidad ritual como espacio de culto, manteniendo el original y anacrónico espíritu de exaltación y glorificación de la figura de Franco entre los sectores de la derecha nostálgica, supone un inédito ejemplo de difícil digestión para el resto de la sociedad. Especialmente hiriente resulta a todos aquellos para los que la simple existencia del monumento implica un justificado daño emocional y no deja de representar la ofensa y humillación sobre los vencidos, familiares en muchos casos, que involuntariamente permanecen atrapados entre sus muros para gloria de aquel que mejor que nadie representó los valores contra los que lucharon hasta la muerte.

Las propuestas para su posible incorporación a la normalidad democrática pasan por la exhumación de los restos del dictador y la reconversión del conjunto en un espacio para la cultura de la reconciliación; sin embargo, lejos parece estar aún el momento en que se haga realidad. En el año 2011, pocos meses antes del retorno de la derecha al gobierno, se nombró una Comisión de Expertos para el Futuro del Valle de los Caídos (Ferrándiz, 2011, pp. 498-499) destinada a redefinir las pautas de actuación sobre el conjunto. Pasado más de un lustro desde aquel esfuerzo, durante el verano de 2017, el arqueólogo Alfredo González-Ruibal resultó involuntario protagonista de unos singulares acontecimientos durante la visita didáctica realizada en compañía de sus alumnos al mausoleo franquista. Según relato del propio investigador (González-Ruibal, 2017), tras comprobar el evidente acto de exaltación franquista por parte de un individuo que depositó un ramo de flores y realizó un saludo fascista ante la tumba del dictador, un hecho que claramente contraviene la legislación al respecto y ante la inacción de los responsables del centro, decidió retirar el ramo de flores. Por tal acto fue expulsado del recinto por una encargada, que además reprochó airadamente la supuesta falta de respeto por parte del investigador, científico titular del CSIC y profesor de la Universidad Complutense, que puso de manifiesto la realidad de un discurso generalizado entre gran parte de la sociedad española representada políticamente por el Partido Popular, grupo apoyado al menos por los 7.906.185 españoles, un 33% del sufragio total, que con sus votos ratificaron sus políticas en las elecciones generales del 26 de junio de 2016¹. El asunto suscitó un intenso debate en los medios nacionales, contando con un notable grupo de voces públicas que criticaron ferozmente la supuesta falta de respeto y afán de protagonismo de González, asumiendo en definitiva las palabras con que la encargada dio por concluido el incidente: «Si no le gusta esto, ¿entonces para qué viene?».

1 Fuente: Ministerio de Justicia. Recuperado de <http://resultados2016.infoelecciones.es/99CO/DCO99999TO.htm>.

Hoy en día el debate sigue abierto, y las posturas que defienden mantener el simbolismo y culto a este espacio, conservando intactos aquellos valores de exaltación del fascismo y de la figura de Franco, siguen latentes política y socialmente.

Más que ningún otro conflicto coetáneo, la Guerra Civil se fue transformando desde su inmediata finalización en una guerra de vencedores y vencidos. El control y la represión ejercida por los golpistas de Franco sobre la población fueron constantes durante los cuarenta años de dictadura, creando un ambiente de miedo colectivo en gran parte de la ciudadanía. La supuesta legitimidad que otorgaba la victoria en la guerra se exprimió al máximo, no dejando apenas lugar para el desarrollo de las necesarias políticas de reconciliación, para cerrar heridas y reconocer errores y fracasos. Muy al contrario, la brecha fue paulatinamente abriéndose. Ya en democracia se adopta la opción de evitar cualquier recuerdo de la guerra, cualquier atisbo de responsabilizar a los verdugos o reabrir viejas heridas, pasando página sin asimilar ni resolver las profundas brechas sociales que perseveraban tácitamente en la memoria de muchas familias injustamente represaliadas.

Lejos de alcanzar el éxito, la estrategia del silencio y el olvido de los hechos y la retorcida maniobra destinada a equiparar a los contendientes de la guerra, equilibrando forzosamente los crímenes realizados en los dos bandos, ha ido perdiendo fuerza progresivamente hasta llegar a una situación imposible, sostenida únicamente por los sectores conservadores de la política española. La arqueología es en buena parte causante de esta revisión histórica. Los datos que aportan los trabajos de investigación nos permiten conocer historias menores, intencionadamente silenciadas, que nos muestran una realidad oculta (González-Ruibal, 2012, p. 11). A partir de la mitad del siglo pasado, nuevas tendencias en arqueología encuentran como objetivo el estudio de la materialidad en época contemporánea. La arqueología del conflicto se incluye en esta línea, abarcando un amplio campo de actuación relacionado con el análisis, desde la perspectiva arqueológica, de las múltiples realidades que acompañan a los incontables episodios de violencia colectiva que tienen lugar a lo largo del siglo XX. Evidentemente no existe proceso histórico más sujeto a manipulación que las guerras. Desde los inicios de la historia de la humanidad, los vencedores se han encargado de hacer prevalecer su versión interesada de los hechos. La arqueología del conflicto trabaja directamente sobre la realidad objetiva, o al menos sobre una aproximación muy cercana a esta, con base en el estudio de la materialidad. Esa realidad siempre se va a enfrentar a la versión oficial en los casos que se incluyen en su espectro de estudio, por lo tanto va a mantener un carácter reivindicativo, una personalidad conflictiva y un espíritu de denuncia. En España el principal campo de trabajo es el periodo definido por la Guerra Civil y la dictadura franquista. Se trata de una época paradigmática en cuanto a manipulaciones y represión, cargada de violencia y falsas verdades oficiales. Gran parte de la historia borrada o distorsionada permanecerá así para siempre, pero la mayoría de los hechos casi siempre dejan algún rastro material, mínimo tal vez, pero suficiente para que la arqueología se encargue de recuperar la realidad de los acontecimientos, de reescribir las páginas de la historia.

3. EL DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN ARAGÓN

Coleccionistas y aficionados al mundo material procedente de la Guerra Civil colapsaban hasta hace pocos años el espacio destinado al estudio y recuperación de los restos dispersos por los campos aragoneses. Con gran determinación y armados del clásico detector de metales, grupos de recolectores de munición y artefactos diversos se aventuraban en busca de la pieza más preciada, obviando siempre su contexto y valor científico o documental. La aplicación de la metodología arqueológica ha transformado profundamente la situación. Los vestigios de la Guerra Civil se acogen en Aragón a la Ley 3/1999, de 10 de marzo del Patrimonio Cultural Aragonés, considerándose a partir de entonces como restos arqueológicos con las correspondientes consecuencias derivadas y el grado de protección específico. Atrás queda el evidente carácter *amateur* para incorporar la necesaria metodología científica al estudio de los restos materiales de la Guerra Civil. En la categoría de restos arqueológicos se incluyen no solo todos aquellos bienes muebles e inmuebles relacionados directamente con la guerra. El articulado se refiere también a las fosas comunes de represaliados de la guerra y posguerra, estableciendo un protocolo de actuación que recoge la metodología específica a la hora de llevar a cabo una exhumación. Se definen, entre otros aspectos relevantes, la obligatoriedad de contar con un arqueólogo, un antropólogo y un restaurador en las intervenciones realizadas sobre las fosas comunes.

Completando la Ley de Patrimonio, el Boletín Oficial de las Cortes de Aragón número 193, del 29 de noviembre de 2013, establece que el uso del detector de metales deberá ser previamente autorizado por la Dirección General de Patrimonio Cultural, incluyendo la solicitud previa, que en este caso, al considerarse los restos como vestigios arqueológicos, debe ser cursada por un arqueólogo, con fecha y localización previstas para la actuación. Nos consta que se trata de una medida de gran calado, que ha supuesto un descenso muy considerable en la actividad expoliadora y destructora de los yacimientos arqueológicos en general y de los restos de la guerra particularmente.

A pesar de la cobertura normativa en Aragón, la sensibilización hacia este patrimonio aún no ha calado entre buena parte de la sociedad; ni siquiera entre el propio colectivo de arqueólogos está completamente aceptada la categoría científica de esta arqueología centrada en el estudio de los conflictos contemporáneos, tal y como queda patente en el evidente desinterés académico sobre el asunto.

En cuanto a los trabajos arqueológicos relacionados con la Guerra Civil, hasta el año 2006 apenas contamos con algunos meritorios ejemplos. Promovido por el Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, se crea en el año 2004 el Programa Amarga Memoria, bajo cuyo amparo se han desarrollado numerosos proyectos de gran interés, referencias para el estudio del conflicto. En los últimos años, desde el 2012 cuando se suspenden las convocatorias de ayudas para proyectos relacionados con la Memoria Histórica, las investigaciones se han caracterizado por un consecuente estancamiento, únicamente quebrado gracias al esfuerzo de asociaciones memorialistas que han logrado mantener el pulso en los trabajos de exhumación de fosas de represaliados, junto a escasas iniciativas particulares de origen diverso.

4. EL LEGADO DE LA GUERRA CIVIL. LUGARES DE LA MEMORIA, PAISAJES DE CULTURA

El estudio de elementos tan dispares como las fosas de represaliados, la exhumación de soldados o los conjuntos de arquitectura y restos materiales directamente relacionados con el enfrentamiento militar es una característica común en los trabajos de investigación sobre la Guerra Civil y la dictadura. Conceptos como memoria, dignidad, derechos humanos o represión se interrelacionan con otros como patrimonio, historia o didáctica, o creando una idiosincrasia propia de la cual carecen el resto de disciplinas arqueológicas. Si bien la metodología de documentación y recuperación de los restos se asimila a la empleada en la excavación arqueológica de una villa romana o de un castro de la edad de hierro, no podemos obviar que existen otra serie de factores que condicionan el proceso de investigación. La carga anímica que implica el estudio de esta época es muy grande, especialmente en los trabajos de exhumación de fosas comunes de represaliados, cuando se establece contacto directo con familiares y descendientes de los asesinados, o incluso cuando emocionalmente no es posible mantenerse al margen de las trágicas circunstancias que provocaron su muerte. No es el único factor a tener en cuenta más allá del propio sentido científico. Los vestigios procedentes del periodo objeto de análisis poseen un valor propio en el sentido de que son testigos directos de los episodios más trágicos vividos en la contemporaneidad española. Tienen por tanto un elevado carácter pedagógico y didáctico que los arqueólogos debemos tener en cuenta y colocar entre los objetivos principales a la hora de diseñar un proyecto relacionado con estos restos, ya sean fosas de represaliados o soldados, espacios defensivos o cualquier otro tipo de elemento susceptible de convertirse en lugares de la memoria, espacios que necesitan ser reconocidos socialmente y adecuados para su comprensión pública (Roigé, 2016, p. 23).

El desarrollo del factor didáctico es posiblemente el aspecto más trascendente de los restos. La explicación de los espacios o lugares de memoria, con base en la interpretación histórica y arqueológica de los hechos, científica en definitiva, fidedigna y cierta, junto con la divulgación de la información al conjunto de la sociedad, es una garantía de futuro para el conocimiento de un proceso histórico que ha sido manipulado y distorsionado hasta la saciedad. La memoria histórica, por su carácter colectivo, es parcial y subjetiva, condicionada por la mirada de aquel que la contempla (Juliá, 2007). La arqueología es uno de los mejores medios para aproximarnos, por medio de la materialidad, a la realidad de los hechos acontecidos, con su crudeza, sus responsabilidades y sus consecuencias. Una realidad que no aparece aún en los libros de historia de los colegios españoles.

Por otra parte, constatamos que el interés social hacia los vestigios materiales de esta época ha ido creciendo en los últimos años en Aragón. Los conjuntos, convenientemente musealizados, permiten en muchos casos la visita del público, alcanzando un elevado grado de integración y comprensión con los escenarios, interactuando con el yacimiento y reviviendo los mismos procesos que sufrieron los soldados apostados en cualquier posición. Contamos en la región con numerosas asociaciones recreacionistas, y es habitual la presencia de visitantes de todo tipo y condición paseando entre los restos de Belchite, por las posiciones atrincheradas de la Ruta Orwell, el Monte Irazo, la posición San Simón en Alcubierre y otros tantos menos conocidos como Santa Quiteria, en Tardienta,

el Alto de la Cruz, en Bezas, o el campamento de maquis de Tormón, en la provincia de Teruel estos dos últimos.

Como reflejo de esta demanda de conocimiento se crea el Centro de Interpretación, Estudios y Documentación de la Guerra Civil en Aragón, inaugurado en julio de 2013. Muy recientemente se han puesto los cimientos administrativos para la construcción de un Museo de la Guerra Civil Española en Teruel sobre un proyecto redactado en 2008 que se denominará Museo Memorial por la Paz. Iniciativas similares que proponen un análisis global de los acontecimientos ya funcionan desde hace años en países como Francia o Alemania, y sin embargo, por extraño que pueda parecer, aún resultan pioneras en nuestro país. Sí contamos con numerosos intentos locales de musealizar batallas o espacios representativos de la guerra, coordinados o promovidos por asociaciones o particulares y en cuyo desarrollo encontramos serios problemas comunes (Herrero y Ayán, 2016, p. 112), principalmente la falta de discurso expositivo coherente con la metodología museística y el descontrol existente sobre los materiales expuestos. El origen de estos centros se remonta a tiempos no demasiado lejanos, cuando la consideración hacia los vestigios materiales de la guerra era aún nula por parte de la arqueología. Los artefactos expuestos y almacenados en muchos de estos centros son de gran representatividad, piezas únicas en muchos casos que, sin embargo, carecen de cualquier referencia contextual y por tanto han perdido gran parte de su valor documental. En cualquier caso, la falta de medidas destinadas a su preservación o de inventarios adecuados de las colecciones, pone en serio riesgo su supervivencia. Teniendo en cuenta que en Aragón tienen consideración de restos arqueológicos, resulta imprescindible y urgente establecer las medidas administrativas que permitan normalizar la situación. En la región contamos con notables ejemplos de musealización de colecciones particulares como el Centro Expositivo Fayón Ebro 1938, en Fayón y centrado en la batalla del Ebro, que dispone de un amplio repertorio de piezas espectaculares, o el recientemente inaugurado Centro de Interpretación de la Guerra Civil y Costumbres Tradicionales Aragonesas en la localidad de Gargallo.

5. EN EL PAÍS DE LOS MUERTOS SIN NOMBRE. LAS FOSAS DE REPRESALIADOS

Las fosas comunes donde aún yacen los restos de miles de civiles asesinados en la guerra y durante el franquismo constituyen la expresión material más precisa y gráfica de la represión. Representan el castigo a la indignidad y miseria al que se intenta condenar a una persona supuestamente miserable (Ferrándiz, 2009, p. 87). Contar con cerca de 2.400 fosas comunes en nuestro subsuelo, ya entrados en pleno siglo XXI y a más de ocho décadas de distancia de la Guerra Civil, supone un dato cuanto menos llamativo. Al menos de este modo deben considerarlo en instituciones y organismos internacionales como el Grupo de Trabajo de Naciones Unidas sobre Desapariciones Forzadas o Involuntarias. Tras la visita realizada por este departamento a España en septiembre de 2013, se redactó un informe incluyendo una serie de recomendaciones relevantes referentes al estado de la cuestión sobre las fosas comunes de desaparecidos durante la guerra civil española y la dictadura. El 11 de noviembre de 2016, el Grupo

envió al Gobierno de España un requerimiento de información sobre las medidas adoptadas acerca de las recomendaciones del informe. Finalmente, el 14 de julio de 2017 se remite al Gobierno un cuadro detallado del documento, que recibe finalmente respuesta con información adicional el 11 de agosto de 2017. El apartado 33 del informe (p. 13) resume las conclusiones finales, teniendo en cuenta las respuestas del gobierno español:

33. Especialmente preocupante resulta el constatar que la mayoría de las recomendaciones fundamentales para que los familiares de personas desaparecidas durante la Guerra Civil y la dictadura puedan investigar la suerte y el paradero de sus seres queridos, tener acceso a la verdad, a la justicia y a reparaciones no han sido plenamente implementadas, y que hasta la fecha los familiares están librados a su propia suerte.

La dejadez demostrada por el Gobierno central español supone el principal freno para el desarrollo de políticas destinadas a cumplir con la imperante necesidad de recuperar los restos humanos, que a día de hoy se encuentran enterrados por las cunetas y campos de toda España. La estrategia consistente en ignorar el asunto con la esperanza de que se cierre el expediente por sí solo, únicamente contribuye a agravar aún más la herida. Bien cierto es que el primer objetivo de los grupos reaccionarios ya se ha cumplido. Pasadas ocho décadas apenas quedan supervivientes testigos de los acontecimientos y de los primeros años posteriores a la contienda, años de miedo y represión sistemática ejercida sobre los vencidos. El hecho de dejar pasar el tiempo supone un contratiempo definitivo en muchos casos. Los restos son frágiles y el paso de los años perjudica irreversiblemente su conservación.

Hace ya dos décadas que se llevó a cabo en la localidad leonesa de Priaranza la conocida exhumación que ponía el punto de partida a una nueva fase en los trabajos de recuperación de los restos de represaliados, estableciendo un protocolo y aportando la metodología científica por medio de un equipo multidisciplinar (Silva, 2005, pp. 51-62), que ha servido de referencia desde entonces. También supone el inicio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH), entidad de referencia en las iniciativas llevadas a cabo desde entonces. No obstante, desconocemos aún los emplazamientos de muchas de las fosas, condenando su existencia al azaroso destino de no pasar a formar parte del acerado de una calzada, de la cimentación de alguna nave industrial o a quedar sepultadas bajo el nuevo módulo de nichos de cualquier cementerio.

El mapa de fosas comunes realizado por el Ministerio de Justicia se actualizó por última vez en el año 2011, con un cálculo de 2.591 fosas en España. No es hasta 2007 cuando en Aragón las investigaciones arqueológicas relacionadas con la Memoria Histórica se empiezan a desarrollar de manera sistemática, manteniendo un avance progresivo al menos hasta el año 2012. Los trabajos se interrumpen bruscamente con la suspensión de las ayudas emitidas por el Ministerio de Presidencia.

Algunas de las exhumaciones de civiles realizadas dejaban constancia de la diferente trayectoria seguida por los represaliados, según fueran de uno u otro bando. En la madrugada del 4 de septiembre de 1936, Carlos Júlvez Vicente, Pascual Vicente Henández, Mateo Gil Vicente y Pedro Castillo Vicente, vecinos de Santa Cruz de Grío, fueron asesinados cuando

eran trasladados desde Santa Cruz hasta la vecina localidad de Inogés, en una curva de la carretera que atraviesa los montes entre ambas localidades, aplicándoles la conocida *ley de fugas*, procedimiento destinado a justificar los crímenes de Estado y empleado con frecuencia por las fuerzas represoras del bando sublevado durante la guerra.

Pocos días después, algunos vecinos de Inogés, conocedores de los sucesos, dieron sepultura a los asesinados en el mismo emplazamiento en el que cayeron, en una fosa que fue posteriormente respetada por el propietario de los terrenos y sus descendientes, hasta el momento de su exhumación (fig. 1), promovida por la Fundación Bernardo Aladren. Su delito fue pertenecer a partidos políticos de tendencia izquierdista (Unión Republicana y Frente Popular) y, como era frecuente, tras su asesinato sus bienes fueron confiscados y sus familias, en algunos casos como el de Mateo Gil con cinco hijos a su cargo, condenadas a la indigencia y a la repulsa.

En el bando opuesto y por esas mismas fechas, en la localidad de Andorra las milicias anarquistas se enfrascaban en un sangriento proceso de depuración sobre aquellas personas pertenecientes a los sectores que teóricamente apoyaban el golpe: componentes del clero, terratenientes y alta burguesía afines a las agrupaciones de extrema derecha. El clérigo Mariano Alcalá Pérez, histórico miembro de la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced y uno de los principales ideólogos de la congregación, se alojaba en casa de sus familiares disfrutando de su retiro. Fue asesinado el 15 de septiembre en el cementerio de la localidad junto a otros siete individuos, entre los que se encontraba su sobrino, boticario de la localidad, y enterrados en una fosa común en el propio



Figura 1. Exhumación de la fosa de Inogés. Foto: H. Chautón.



Figura 2. Exhumación Andorra. Mausoleo donde fueron depositados los restos del padre Mariano Alcalá y otros siete asesinados al concluir la guerra. Foto: H. Chautón.

cementerio donde permanecieron hasta el año 1942, cuando fueron trasladados los restos a un digno mausoleo edificado en el emplazamiento donde se encontraba la fosa.

A pesar de la falta de financiación pública, la intensa y constante labor de las asociaciones implicadas en la recuperación de la Memoria Histórica se ha mantenido y ha servido para mantener el pulso en el conjunto de la sociedad, junto con iniciativas particulares aisladas y escasas, permitiendo continuar los trabajos de exhumación y documentación de fosas comunes de represaliados. En Pina de Ebro fueron asesinados cuatro inocentes (fig. 3), tres de ellos identificados y un individuo desconocido. El proyecto fue promovido por iniciativa de la familia de uno de los individuos asesinados, que financió la totalidad del proyecto incluyendo los estudios antropológicos y genéticos correspondientes.

A pesar de la falta de recursos, es notable la creciente sensibilización hacia el asunto en Aragón, como certifica la aprobación el pasado 18 de julio de la Ley de Memoria Democrática, que pretende, entre otros objetivos, suponer un punto de referencia para garantizar los derechos de víctimas y familiares a recuperar e identificar los restos de represaliados asesinados sepultados en fosas o enterramientos clandestinos. Como muestra del elevado grado de activismo existente, hasta 52 asociaciones y plataformas de memoria e historia, patrimonio, cultura, documentación y recreación de la Memoria han sido convocadas para participar en la redacción de contenidos del documento. Arqueólogos y antropólogos se han visto representados como colectivo por parte de sus respectivos colegios profesionales.



Figura 3. Exhumación de represaliados en una fosa común en el cementerio de Pina de Ebro (Zaragoza). Foto: H. Chautón.

6. DE LA CHATARRERÍA AL MUSEO. ARQUITECTURA MILITAR Y RESTOS MATERIALES DE LA GUERRA

Desde el inicio de la guerra Aragón queda seccionado por el frente de batalla en dos mitades. El desarrollo de una línea de batalla tan extensa supone también la necesidad de construir cientos de kilómetros de trincheras y puestos defensivos. La producción a escala industrial de los recursos necesarios para el desarrollo de los conflictos bélicos en época contemporánea se traduce en la fabricación de ingentes cantidades de elementos constructivos y militares que, en muchos casos, se han conservado hasta nuestros días. Se cuentan por miles las toneladas de metros cúbicos de hormigón empleados en la construcción de fortificaciones, de tierra excavada para atrincherar las posiciones, de munición de toda clase y procedencia. También referimos cifras industriales al contabilizar el número de muertos en las filas de ambos ejércitos.

Uno de los conjuntos más representativos es la conocida como Posición Orwell, ubicada en plena sierra de Alcubierre a escasos 35 kilómetros de Zaragoza. Por iniciativa de la comarca de Monegros se realizaron en 2006 los trabajos destinados a la recuperación de este espacio, dirigidos por el arqueólogo José Ignacio Lorenzo y con la colaboración de un equipo multidisciplinar de expertos en diversas áreas. Arqueólogos, historiadores, documentalistas y otros agentes relacionados con la dinamización del patrimonio cultural participaron en la reconstrucción, que mantiene de manera fidedigna la configuración original de las posiciones. Todo el espacio se encuentra musealizado (fig. 4) y el recorrido se acompaña de la cartelería imprescindible para el desarrollo explicativo de las visitas (fig. 5).

La ruta incluye la posición San Simón, defendida por el ejército sublevado, y los montes Irazo y Pucero, ocupados por milicianos del POUM desde el inicio de la guerra hasta febrero de 1937, cuando son relevados por la columna Carlos Marx. En marzo de 1938 los golpistas acaban con el Frente de Aragón.

Se trata de un proyecto pionero, desarrollado en un momento en el que muy pocos arqueólogos eran conscientes del potencial didáctico del patrimonio de la guerra y la necesidad de valorarlo consecuentemente. Los escasos y meritorios proyectos de recuperación de estos restos en estos momentos se llevan a cabo más por empeño de los arqueólogos encargados que por cualquier otra razón (Morín, 2003, p. 133).

La intervención está claramente orientada al público en general, y en cuanto a didáctica supone un punto de referencia en la recreación de espacios de la Guerra Civil. Al visitante no iniciado le permite alcanzar una perspectiva muy ilustrativa del significado de una guerra. Gracias al empleo de la metodología arqueológica en los trabajos de documentación, se logró establecer una visión de detalle que llega mucho más lejos de lo que los libros de historia han conseguido. Un paseo por las posiciones de la ruta nos permite adentrarnos en el día a día que describe el escritor británico Eric Arthur Blair, más conocido por el pseudónimo de George Orwell, en su obra *Homenaje a Cataluña*, que narra la dura cotidianidad de la vida en las trincheras describiendo aquellos aspectos generalmente ausentes en los manuales, más interesados en el desarrollo de las



Figura 4. Ruta Orwell. Detalle de posiciones musealizadas. Foto: H. Chautón.

batallas y las estrategias militares, empeñados en reducir a cifras el complejo e indescifrable conjunto de microhistorias que una guerra comprende.

Finalmente, la recuperación de este singular espacio implica un reconocimiento a todos aquellos inocentes víctimas de la guerra, en las filas golpistas o republicanas, en definitiva víctimas todos del franquismo, contribuyendo al desarrollo estructural y a la creación de la memoria colectiva social. La posibilidad de contrastar las posiciones franquistas y las republicanas en una misma visita sitúa en un mismo plano la triste realidad de la vida en las trincheras independientemente del ejército de adscripción, pero no equipara las posiciones ideológicas de los dos bandos en ningún caso. Es el acceso al conocimiento de los hechos lo que permite saber que en la guerra combatían golpistas totalitarios, dispuestos a sojuzgar la voluntad popular por medio de las armas, que además contaban con apoyo ideológico y logístico de la Alemania nazi y la Italia fascista, mientras en el otro bando miles de personas murieron por defender la legalidad constitucional que representaba el gobierno de la República. La normalidad que implica el desarrollo de proyectos de características similares al descrito, realizados con una rigurosa base científica y objetividad histórica, abiertos al público en general y planteados como herramienta didáctica sin perder su carácter documental, no siempre se ve acompañada de la madurez deseada en una sociedad europea del siglo XXI, tal y como se constata en los habituales actos de vandalismo que lamentablemente se producen en las dos posiciones, reflejo de la intolerancia, la incultura política y la falta de sensibilidad hacia el patrimonio que aún late en diversos sectores de nuestra sociedad.



Figura 5. Visitantes en la Ruta Orwell. Foto: H. Chautón.

Gracias al programa Amarga Memoria del gobierno de Aragón se han desarrollado entre 2004 y 2012 proyectos con similares objetivos por toda la región, abarcando diversas realidades de la guerra. En Albarracín contamos con el campamento guerrillero del Rodeno, creado en los años cuarenta por la AGLA (Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón), que permite recrear las formas de vida y organización de uno de los principales protagonistas en la lucha contra el franquismo: el maquis. Una página arrancada de la historia oficial de la posguerra que bien merece ser analizada a fondo. En la misma localidad podemos visitar el puesto de mando del conjunto del Alto de la Cruz, una posición fortificada muy espectacular por su entorno que en 1937 fue testigo de cruentos combates y ataques por parte de ambos bandos. Además de los citados se completa el conjunto con el Vértice Parapetos en Jaulín, con cuatro búnkeres construidos por el regimiento de zapadores del ejército franquista conocido como «los Barbis», y el ramal de trincheras; el Tozal del Vado, en los Llanos del Hospital, en Benasque, puesto de vigilancia fronterizo de posguerra que recuerda las tensiones fronterizas y la conocida como «Operación Reconquista de España», episodio épico que en octubre de 1944 pretendía poner en jaque a la dictadura franquista invadiendo el país por el Pirineo; las posiciones atrincheradas de Sierra Gorda, en Fuentetodos, o la posición franquista n.º 36 del Sector Fayón (fig. 6), en esta localidad, compuesto por un ramal de trincheras y diversos pozos de tirador, un puesto central y un arsenal.

Las posiciones defensivas diseñadas por el general Rojo en la carretera de Escatrón, en Caspe (fig. 7), tenían como objetivo servir de contención y reagrupamiento ante una eventual retirada de tropas. En esta posición no hubo combates, no obstante es llamativa por la espectacularidad de sus instalaciones defensivas muy bien conservadas, con varios búnkeres que en algún caso alcanzan los 100 m² de superficie. La instalación de



Figura 6. Posición n.º 36 del sector Fayón. Foto: H. Chautón.

la cartelería en 2010 y el desarrollo de un recorrido por la posición permiten el acceso público y la comprensión de este interesante conjunto.

Existen muchos emplazamientos igualmente representativos y en algunos casos en muy buen estado de conservación, con unas condiciones óptimas para su integración en el paisaje histórico y cultural de Aragón, que no han sido musealizados aún. Los trabajos de catalogación y diagnóstico de su estado deberían ser prioridad para los responsables de su conservación futura. La falta de atención hacia estos conjuntos supone su progresiva degradación y finalmente su desaparición, un hecho que no nos podemos permitir.

7. EXHUMACIÓN Y RECUPERACIÓN DE SOLDADOS

En tierra de nadie descansan cientos de soldados caídos durante los combates de la guerra. La tipología de los emplazamientos es tan extensa como variadas pueden ser las circunstancias de su fallecimiento. Encontramos al respecto escenarios tan diferentes como las trincheras que se acabaron convirtiendo en tumbas, cuando se aprovechaba la zanja para dejar allí a los muertos en ocasiones cubiertos con piedras y tierra, o en fosas comunes si la ocasión lo requería. Otras veces, por la urgencia de la situación,



Figura 7. Trincheras de Caspe. Foto: H. Chautón.

los cadáveres quedaron expuestos donde cayeron y allí se han mantenido durante los últimos ochenta años.

Muchos de estos escenarios los encontramos en Aragón. Cruentos combates como los acontecidos en la batalla del Ebro, la ofensiva de Belchite o en el sitio de Teruel, en los cuales las bajas se contaban por centenares, fueron propicios para la creación de estos macabros escenarios. Campos repletos de huesos que aún hoy salen a la luz al primer contacto con el arado (fig. 8) se repiten por gran parte de la geografía aragonesa.

Durante los trabajos de exhumación de soldados realizados en el Frente del Ebro en 2012, llevamos a cabo un total de dieciséis intervenciones con la recuperación de los restos de varios soldados fallecidos durante los combates y abandonados tras la batalla hasta nuestros días. Uno de los casos más singulares es el de un joven militar caído en el asedio a la conocida Loma de las Ametralladoras, en la localidad de Fayón. El asalto de las tropas republicanas a una loma fuertemente defendida causó un importante número de muertos. En las cercanías del frente referido localizamos los restos de un soldado junto a un árbol (fig. 9). Prácticamente en superficie, sin apenas secuencia estratigráfica, en posición decúbiteo supino con el brazo derecho extendido y en perpendicular con respecto al resto del cuerpo, y el brazo izquierdo dispuesto en paralelo longitudinalmente



Figura 8. «Campo de huesos». Restos dispersos de combatientes republicanos en la Puebla de Albortón (Zaragoza). Foto: H. Chautón.

al tronco. Mantenía extendida la pierna derecha y la izquierda ligeramente flexionada al interior. No se encontró el cráneo, el húmero izquierdo, el cúbito, radio y los huesos que componían la mano derecha. Tampoco se hallaron la escápula izquierda ni las dos clavículas. Junto a los restos óseos se localizaron un pequeño fragmento de mina de lápiz morada junto al hombro derecho, un botón y los restos de una cartera de cuero detrás del coxal derecho. Sabemos que en su mano derecha portaba un encendedor. Interpretamos que, herido, fue deambulando posiblemente desorientado hasta que le fallaron definitivamente las fuerzas y se dejó caer sobre el terreno, encendió su último cigarro y falleció. Sus restos se conservaron cubiertos por la maleza y una fina capa de tierra. El desolador paisaje de los días inmediatos a la batalla ahuyentó incluso a las alimañas que, en otras circunstancias, habrían despedazado el cadáver. La evidente acción de expoliadores había dañado irremisiblemente los restos.

8. CONCLUSIONES

El proceso de restauración y reconstrucción de la memoria colectiva es lento y complejo, tanto como intenso ha sido el esfuerzo por manipular y tergiversar los episodios de violencia y represión llevados a cabo durante los cuarenta años de dictadura. Implica necesariamente ir encajando cientos de pequeñas piezas de un rompecabezas destrozado,



Figura 9. Restos de un soldado fallecido en el asalto de las tropas republicanas a la loma de las Ametralladoras. Batalla del Ebro. Foto: H. Chautón.

miles de pequeños relatos de sufrimiento y humillación, de asesinatos y torturas cuya realidad permanece aún desconocida para muchos españoles. Las fosas de represaliados son la anacrónica representación de un pasado trágico. Su persistencia chirría con fuerza en una sociedad democrática inmersa ya en pleno siglo XXI. Superar esta vergonzosa realidad, impensable en cualquier otra democracia europea de nuestro entorno, es una cuestión imprescindible para cerrar la interminable transición, cuya duración se equipara ya en años a la dictadura, incapaz de desprenderse de algunos pesados lastres del franquismo.

La arqueología es la herramienta más precisa para sacar a la luz la verdad histórica que se esconde tras décadas de tergiversación. Cada golpe de piqueta, cada estudio forense de algún minúsculo resto de hueso aparecido en cualquiera de los cientos de fosas comunes que, en pleno siglo XXI, aún se encuentran por cunetas y laderas, o en la tapia del cementerio de cualquier pueblo aragonés, supone un avance trascendente, un paso adelante en la recuperación de la normalidad democrática y de la dignidad pisoteada de aquellos olvidados que perdieron su vida luchando por la libertad.

9. LISTA DE REFERENCIAS

- Casanova, J., Cenarro, A., Cifuentes, J., Salomón, P. & Maluenda, P. (2001). El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939). Zaragoza: Mira Editores.
- Ferrándiz, F. (2009). Fosas comunes, paisajes del terror. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 64(1), 87.
- Ferrándiz, F. (2011). Guerras sin fin: guía para descifrar el Valle de los Caídos en la España contemporánea. *Política y Sociedad*, 48(3), 498-499.
- Garzón, B. (2008). Auto, diligencias previas (proc. abreviado) 399/2006V (16-10-2008), Madrid: Juzgado Central de Instrucción n.º 5, Audiencia Nacional.
- González-Ruibal, A. (2012). From the battlefield to the labour camp: archaeology of civil war and dictatorship in Spain. *Antiquity*, 86(332), 456-473.
- González-Ruibal, A. (2017). Arqueología de la Guerra Civil Española. Recuperado de <http://guerraenlauniversidad.blogspot.com.es/2017/07/me-echan-del-valle-de-los-caidos.html>.
- González-Ruibal, A., Rodríguez Simón, P. & Garfi, S. (2015). Arqueología de la Batalla de Belchite. International Brigades Archaeology Project. Santiago: CSIC. Recuperado de <http://digital.csic.es/handle/10261/114184>.
- Herrero Acosta, X. & Ayán Vila, X. M. (2016). De las trincheras al museo: sobre el reciente proceso de patrimonialización de la Guerra Civil española en Euskadi. En I. Arrieta Urtizberea (ed.). *Lugares de memoria traumática* (pp. 99-122). Bilbao: UPV.
- Juliá, S. (2007). De nuestras memorias y nuestras miserias. *Revista de Historia Contemporánea Hispania Nova* 7. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier.htm>.
- Pérez-Juez, A., Morín, J., Barroso, M., Escolá, M., Agustí, E. & Sánchez, F. (2003). El patrimonio arqueológico de la Guerra Civil: la necesidad de su conservación como testimonio de una época. *Pátina*, 12, 125-134.
- Roigé, X. (2016). De monumentos de piedra a patrimonio inmaterial. Estrategias políticas, museológicas y museográficas de presentación de la memoria. En I. Arrieta Urtizberea (ed.). *Lugares de memoria traumática* (pp. 23-48). Bilbao: UPV.
- Silva, E. (2005). *Las fosas de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.
- Silva, E. & Macías, S. (2003). *Las fosas de Franco, los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*. Madrid: Temas de Hoy.